

levantó el brazo ante las tropas franquistas, la actitud de Espar irá evolucionando progresivamente hacia el antifranquismo en la medida en la que tome conciencia del ataque sistemático en el que vivía la cultura catalana. Los fundamentos ideológicos de Espar tienen su origen en el magisterio de Raimon Galí –uno de los nombres fundamentales en la biografía intelectual de Jordi Pujol– y su apuesta por un activismo pragmático. De aquí, seguramente, surge la infatigable labor de Espar que abarca desde modestos proyectos a la creación de dinámicas iniciativas culturales –desde revistas infantiles en catalán hasta asociaciones en defensa del folklore pasando por una compañía discográfica desde la que catapultar a los protagonistas de la *Nova Cançó*. Las memorias de Espar Ticó retratan la peripécia de un infatigable activista y son perfecto ejemplo de una de las líneas más fructíferas del antifranquismo en Catalunya: la del catolicismo de signo catalanista.

Dentro de esta panorámica sería injusto no destacar la figura y la obra de Albert Manent, a pesar de que no haya escrito sus memorias. Intelectual activo y defensor convencido del catalanismo desde posturas moderadas, Manent ha escrito cinco libros de retratos de personajes que durante el franquismo mantuvieron viva la llama de una cultura perseguida. En *En un replà del meu temps* [1999] –último libro, por ahora, de la serie iniciada en 1988– definía su proyecto como una «galería de personajes, heterogéneos, la acción, cultural o política, de los cuales marcó nuestro lento resurgimiento como pueblo». Preciso y elegante en las descripciones y escrupuloso a la hora de detectar la filiación ideológica de sus biografiados (¡ya son más de noventa!), Manent es un claro ejemplo de la voluntad de preservar un mundo y unas gentes a través de la memoria. De políticos a escritores, de clérigos a mecenas, un universo ha sido radiografiado por su pluma.

Del caldo de cultivo retratado en los libros de Manent y Espar –a grandes rasgos, el de un catolicismo catalanista– emerge la figura de Jordi Pujol, que se convierte en uno de los personajes y temas principales, secundarios o accidentales del memorialismo catalán reciente. Tanto Espar como Manent reflejan los primeros pasos de Pujol, pero el mejor retrato –a pesar de la voluntad desmitificadora y lo maniqueo de su planteamiento– lo lleva a cabo Xavier Muñoz, un excompañero de viaje comprometido actualmente con la política de la oposición socialista de Pasqual Maragall. El libro de Muñoz, *Dèries públiques i negocis privats* [1999], ofrece también una apasionante crónica de los últimos años del mundo de la industria textil, uno de los sectores tradicionalmente con más peso en la economía catalana. Desde la subjetividad de la experiencia propia, la narración de la lucha cotidiana por salvar una empresa da las mejores páginas de un buen libro.

Hilvanado con el caso anterior pero desde una perspectiva distinta, el mundo empresarial textil y político aparece en un texto que desató agrias polémicas en su momento. Se trata de las ya mencionadas memorias del empresario Manuel Ortínez, *Una vida entre burgesos*. Ortínez retrata el trápicheo empresarial generado por las corruptelas del poder franquista y da una lección práctica de cómo funcionaban las élites empresariales catalanas durante la dictadura. Otro gran logro del libro es el retrato de dos personajes fundamentales de la Cataluña contemporánea: gracias a un conocimiento de primera mano, Ortínez revive las figuras de Tarradellas y del escritor Josep Pla con indisimulada admiración. Pla emerge casi como un modelo vital y literario (el cinismo y el carácter sentencioso del texto son de estirpe planiana) y Ortínez, desde la añoranza del recuerdo, da cuenta de la torrentera de conocimiento y lucidez del escritor ampurdanés. Tarradellas, ya sea en el exilio o en los últimos años en Cataluña, pero sobre todo durante el lapso de tiempo del retorno, aparece como una apuesta y una fidelidad a la que Ortínez concede todo su apoyo.

Más ambicioso que el texto de Ortínez resulta *La memòria es un gran cementiri* [1990] del periodista Manuel Ibáñez Escofet. Ibáñez –que se autodefine como «cristiano y catalanista sin duda, pero nada agresivo, siempre tolerante y defensor de la reflexión y el diálogo»– aparece como modelo del catalán conciliador, que jugó multitud de papeles (*tots els papers de l'auca* en expresión típicamente catalana) a lo largo de su vida. Combatiente, preso en un campo de trabajo durante la guerra, representante comercial –encarnando y retratando con nostalgia uno de los clichés del catalán: el viajante–, periodista en distintos medios, amigo de un Pla recordado con admiración –«He recibido– escribe –su influencia y me siento orgulloso de ello»– e incluso intercesor entre Pujol y Tarradellas. Se trata de un libro irregular que revela la pluma de un buen periodista con páginas memorables, es cierto, pero con algunas caídas en el tono narrativo.

También conciliador, pero desde el punto de vista de quien nunca ha querido tomar una posición clara en términos políticos es *De memòria. Autobiografia (1924-1994)* [1996] de Llorenç Gomis, donde evita constantemente el juicio político. El ataque a la lengua catalana –al que pone el nombre propio del que fuera director de *La Vanguardia*, Luis de Galinsoga– y la presión que recibió de la censura, son algunos de los factores que esbozan las dificultades de quien vivió en tiempo de polémicas entre «comprensivos y excluyentes». Mientras tanto él se dedicaba a escribir «artículos sobre poesía y poetas (...) y sobre temas literarios y culturales». Las memorias de Gomis son un claro ejemplo de evasión del compromiso político en un texto que relata, fundamentalmente, su peripecia pública durante el franquismo.

Las *Memòries cíviques (1950-1975)* [1994] de Joan Gomis, hermano de Llorenç, son tangencialmente parangonables con *De memòria*. Estructuradas desde una perspectiva temática –no cronológica, que es la ordenación más habitual–, estas memorias quedan circunscritas explícitamente a narrar la dimensión pública del personaje en tanto que activo desarrollador de actividades de compromiso ideológico durante los últimos veinticinco años del franquismo. Se habla de la censura o del desarrollo de movimientos pacifistas, pero destaca el revelador retrato de los espacios que ocupó el cristianismo comprometido en la conformación de una mirada crítica para con el régimen. Las confluencias y posteriores disensiones entre el progresismo religioso y los movimientos de izquierda que se iban fraguando en la universidad muestran un *humus* ideológico que en el presente puede causar desconcierto, pero que revela a la perfección las aspiraciones de muchos estudiantes comprometidos durante aquellos años.

Excelente es la *Memòria personal. Fragment per a una autobiografia* [segunda edición de 1993] de Antoni Tàpies. Tàpies adopta la visión del padre para optar por una primera actitud de sumisión ante el régimen, pero, al contrario que Gomis, es consciente de lo castrante que resulta el control que ejerce el dictador sobre la sociedad y se rebela: «La idea de ir a París (...) me ilusionaba más que nada porque creía que allí podría prepararme espiritualmente más a fondo y estudiar y leer de todo sin prohibiciones ni censuras. Más que nunca me parecía que aquí no había nada que hacer. La situación de aquellos años lo ahogaba todo». El gran representante del arte abstracto vio coartada su libertad creadora porque las iniciativas experimentales no eran valoradas o, lo que es peor, eran criticadas y prohibidas por cautela, para evitar revoluciones inesperadas.

Pintores, religiosos, políticos, empresarios, periodistas... Nuestra mirada sobre el memorialismo catalán contemporáneo ha buscado deliberadamente delimitar la tendencia general (obviando títulos que seguramente requerirían algo más que una mención: de Perucho a Miserachs, de Huertas Clavería a Oriol Bohigas, entre otros) constituida por un corpus que juzgamos importante ya que, entre otros motivos, configura un rico mosaico desde el que poder acercarse a los años del franquismo. Desde la pluralidad de actitudes y puntos de vista, la descripción tanto de los compromisos de la sociedad civil a lo largo del franquismo como la vivencia de los individuos bajo un régimen dictatorial, marcadamente confesional (la opresión de una atmósfera de intransigencia católica es uno de los temas más frecuentes), configuran las líneas maestras sobre las que se ha edificado el vasto magma del memorialismo catalán de los últimos diez años. Estos escritores han concebido el espacio del memorialismo como el ámbito desde el que retratar su

peripezia pública, lo que ha originado lógicos vacíos en el *corpus* que hoy por hoy manejamos. La escasa presencia de la dimensión privada e íntima de estos escritores del yo se convierte, por omisión, en significativa. En otras palabras, la autobiografía como tal es un vacío. Otro demonio, quizá.

Dos textos, partiendo de esta constatación, destacan y deben ser juzgados aparte señalando su indiscutible valor. Nos referimos a *L'agent provocador* [1998] de Pere Gimferrer y a las *Memòries inútils* [2000], del catedrático de historia de la medicina Felip Cid. El texto del poeta –de intensidad trepidante y brevedad desilusionadora para el lector– retrata, con una prosa majestuosa y un ritmo perturbador, un momento concreto de la trayectoria vital de Gimferrer. Su propuesta, que es estética y con una indudable carga moral, consiste en escarbar en lo hondo de su intimidad para clarificar un estadio de inapetencia intelectual que encuentra en el amor –no, ni mucho menos en un sentimentalismo vacío, sino en la vivencia de un *amour fou* (que debe mucho a la lectura del amor de las vanguardias)– un revulsivo totalizador para superar un atolladero que va más allá del vacío estrictamente creativo. La propuesta de Gimferrer, medularmente autobiográfica, es un ejemplo más de la pluralidad de formas que adopta los textos autobiográficos del presente.

Para finalizar es necesario referirnos a las *Memòries inútils* de Felip Cid. Publicadas en una editorial minoritaria y sin ningún tipo de promoción, son seguramente el mejor texto autobiográfico escrito en catalán de la última década. En estas memorias (que, dicho entre paréntesis, de inútiles no tienen nada) asistimos a la constitución de un carácter. Se trata de un viaje moroso a la formación de un intelectual comprometido con su circunstancia histórica, sí, pero que al relatar su vida escoge como eje argumental no tanto el contexto como su maduración personal. Aparecen entonces el peso de las lecturas, el retrato de la miseria universitaria del primer franquismo, pero sin caer nunca en las simplificaciones ni en los lugares comunes.

Estas *Memòries inútils* –que por la voluntad de radiografiar morosamente la formación de un carácter relacionables con el monumental *Pretérito imperfecto* de Carlos Castilla del Pino– tienen dos elementos más que queremos destacar. Por una parte, la voluntad de estilo, la conciencia de estar afrontando un reto que es de carácter histórico pero también literario. Por otra parte y en relación con lo dicho, Cid consigue construir una voz propia, crea un narrador potente: su mirada sobre la realidad es agria, sus juicios nunca complacientes. Representante del intelectual maduro que carga con sus coherencias a sabiendas del precio que conllevan, las *Memòries inútils* de Felip Cid son el texto irremplazable y el punto y final de diez años –que son los últimos y muy fructíferos– de memorialismo catalán.